

LA PANTERA ROJA

La aristocracia

El público se queja de los cuarenta años que nos podemos tirar con el pacto a cuestas y el período de transición. Que ya está bien de transición precautoria, dicen. Sin embargo, la provisionalidad tiene su encanto, y es lo conciliador que se muestra el personal hasta verse confirmado en sus funciones. En cuanto el sufragio universal del cambalache parlamentario confirmó a **Alvarez de Miranda** como presidente, se acabaron las sonrisas. "Ese sí que es un totalitario", comentaba un señor de Bilbao desde las tribunas. Y encima, el presidente se equivoca más que nunca, dice "esa cosa que vamos a votar" y hace sudar al otro presidente, el del Gobierno, que después de todo es un hijo de la UCD, por mucho que **Suárez** le tenga enfilado al demócrata cristiano ese, con aspiraciones universales. Si **Tamames** salió ileso de un intento de campañillazo autocrático por parte de **don Fernando**, peor librada salió —como es habitual— la prensa, que empieza a ser desalojada por la Policía de los pasillos del hemicycle. Esto coincide con la confirmación en sus puestos de las instancias superiores. Algunos se tiran de los pelos por el nombramiento irremediable, sobre todo después de comprobar que cuando el vicepresidente **Luis Gómez Lorente** ocupa por unos minutos

la función presidencial, es como si se hubiera aparecido el ángel de la paz. "Es una lástima que los 'pipis' de **don Fernando** duren tan poco", se quejaba un diputado socialista. Mientras tanto pregunta uno de su grupo: "Oye, déjate de charlas, ¿qué votamos, qué votamos?". "Pero hombre, votamos que sí, ¡si es nuestra moción!". Hasta ese punto llegó la confusión creada desde la jefatura del Congreso. Pueden ser nervios políticos, que se contagian. Porque a **Enrique Barón** para replicar con citas de Plutarco y todo, tiene que salir un camarada con el clásico en la mano, para soplarle el versículo en las mismas escalerillas. A otro confirmado se le ha subido la Generalitat a la cabeza. Y el organismo ha ocupado la plaza que debería haber tenido su memoria. **Don Tarradellas**, que presume de estar al tanto de las modas catalanas durante su exilio, se estrena obligando a sus visitantes, corbata para los hombres y prohibiendo los pantalones a las mujeres. **Joan Raventós** tuvo muy en cuenta estos requisitos para visitar al honorable en el Palau. Y eso que para descomarse camino de Saint Martin de Beau, en la lucha por la vuelta del president, a **Tarradellas** le daba igual que **Raventós** y los parlamentaris fueran de miriñaque o de lagarteranas. Bueno, llega

Raventós adonde el presidente y sale un señor que se llama **Gausachs** y le dice que de parte de Su Excelencia **don Josep**, que si quiere verle que solicite audiencia y por escrito.

Lo que es la ingratitud, y de eso sabe mucho **Gonzalo Fernández de la Mora**. Pues si **Pérez Llorca**, que ahora hace las funciones propias de **Camuñas** —chico de los recados—, más también las propias de su cargo de promotor de pactos, alianzas y votos, digo que **Pérez Llorca** había prometido el voto de UCD para una propuesta de Alianza Popular. Y como en la memorable sesión de la confusión, nadie sabía ya qué se votaba (**Adolfo Suárez** tampoco), se puso de pie el de Cebreiros, ignorando lo pactado y todos los suyos detrás, a una. Luego viene **don Gonzalo** a protestar violentamente al presidente. "Esto que habéis hecho es una cerdada". Y una voz desde atrás puntualizó (podría ser **Calvo Sotelo** que a veces tiene el ramalazo académico): "Ese no es lenguaje". "Pues es de menos caballeros faltar a la palabra parlamentaria". Eso lo contemplaba desde una tribuna el padre de **don Adolfo**, embelesado el progenitor, sin saber que en aquel momento clasificaban al hijo en la serie porcina.

Esos no son los nuevos modales de Alianza Popular, dispuesta a dar fe de democracia y todo, por lo menos su "ala izquierda", representada por **Alvaro de la Puerta**, es un decir. (¿Va a haber hasta cambio de nombre?) "No lo sabemos, y aunque tú no lo creas, lo decidirá la base". También pido una explicación sobre esa supuesta base que va a las manifestaciones de la bestia fascista, con pegatinas de AP en la solapa, mientras en la mano esgrimen cadena y porra. "Nosotros no hemos mandado a nadie que vaya a esas concentraciones y, por supuesto, no nos hemos adherido. La pegatina es libre...". Menos eufórico, **Fernán-**

dez Ordóñez cree en el complot. "La Banca prepara algo contra mí. No sé cuándo vendrá ni cómo... Igual es un tiro por la espalda. ¡Si se convencieran de que soy un hombre de derechas... Mira que se lo digo, pero nada". Con eso de los complots y tal, pareció que la presentación de dos libros de **José Luis de Vilallonga** a cargo de **Antonio García Trevijano**, a la misma hora y lugar que el discurso de **Carrillo** en el Club Siglo XXI, podían constituir un atentado antieurocomunista, pero no. Fue despiste de organización. "Los que conspiramos antaño desde París, seguimos manteniendo la amistad", asegura el marqués de **Vilallonga**. Si hubo boicot, fue solamente el de **Rafael Ansón**, que dio consigna a los jefes de informativos de Televisión Española. "Que quede claro, José Luis de Vilallonga no existe para esta casa. Ni una simple mención". La orden se daba después de firmado el control democrático de TVE por los partidos y se pide la cabeza de **Ansón**, por los dos meses que lleva la gente sin cobrar sus sueldos. Otra aristócrata del Club Siglo XXI, militante de AP y más fraguista que **Fraga**, no se creyó lo de **Carrillo**. "Nada, nada que ya lo ha dicho mi secretario general en la presentación, que este **Santiago** es un pájaro de cuidado". **Macarena Chávarri**, baronesa de Grado, sigue cargando las tintas y discrimina: "Yo, como a quien vine a oír fue a mi líder, me marchó, este señor no me interesa". **Alberto Ballarín Marcial** la tranquiliza: "¡Pero, mujer, si es un alivio tener un comunista así en España...!". Y las otras baronesas y marquesas hacen cola para ver de cerca a **Pasionaria** y si acaso alguna lanzada le pide un autógrafo. **Dolores**, en previsión de la expectación, se había puesto a la altura, en plan coquetuela, unos polvitos de arroz y el moño tirante. Era la duquesa de Moscú.

MARIA EUGENIA YAGUE